

UNA IDEA TODA AZUL

MARINA COLASANTI

COLECCIÓN NIDOS PARA LA LECTURA **loqueleg**

MARINA COLASANTI

UNA IDEA

TODA AZUL

TRADUCCIÓN DE YOLANDA REYES



| | |
|---------|---|
| PRÓLOGO | 8 |
|---------|---|

| | |
|------------------------------|----|
| 1 EL ÚLTIMO REY | 10 |
| 2 MÁS ALLÁ DEL BASTIDOR | 15 |
| 3 POR DOS ALAS DE TERCIOPELO | 20 |
| 4 UNA ESPINA DE MARFIL | 25 |
| 5 UNA IDEA TODA AZUL | 31 |

| | | |
|----|---------------------------|----|
| 6 | ENTRE LAS HOJAS DEL VERDE | 36 |
| 7 | HILO TRAS HILO | 41 |
| 8 | LA PRIMERA SOLO | 45 |
| 9 | SIETE AÑOS Y SIETE MÁS | 52 |
| 10 | LAS NOTICIAS Y LA MIEL | 57 |

PRÓLOGO

Querida lectora, querido lector:

ESTE LIBRO ES UN TESORO, y como todos los tesoros, tiene una historia oculta que comenzó mucho tiempo antes de llegar a tus manos. Lo escribió Marina Colasanti, entre el asombro y el encantamiento, mientras descifraba la lengua secreta de los cuentos de hadas, pero su publicación tardó unos años, pues algunos editores no sabían si era “para niños”, y se preguntaban a qué edad podría leerse. La respuesta la dieron los lectores: desde la primera edición, hecha en Brasil en 1978, gente de todas las edades encontró algo muy propio y muy íntimo en este conjunto de historias, y *Una idea toda azul* comenzó a ganar premios y a ser traducido a muchos idiomas.

Como tantos libros que nos cambian la vida, este es un libro sin edad. Es posible leerlo en algún momento de la infancia, con esa mezcla de fascinación y de sabiduría con la que leemos los primeros cuentos maravillosos. Y es posible también leerlo en la adolescencia o en la adultez, y descubrir otros significados, o los mismos, en esos misterios de la vida, de la muerte y del amor que atraviesan los relatos,

y que nunca terminaremos de entender. Quizás por eso —y ahí está su magia— se puede leer y releer, a veces de un tirón y otras veces muy despacio y en desorden, deteniéndose en una historia o en otra, según la necesidad, las preguntas, los momentos, los deseos...

Cuando me encontré con estos cuentos, quizás tú no habías nacido (o quizás sí). Recuerdo la emoción intensa de haber leído una obra que no se parecía a ninguna otra, y que me hablaba, en una lengua extraña y única, desde el fondo de la vida. En esos días lejanos me habría parecido un sueño estar escribiendo estas palabras sobre uno de mis libros favoritos, que llega a hacerles compañía a *La amistad bate la cola* y *Breve historia de un pequeño amor*, otras dos obras de la autora publicadas en esta colección. El sueño cumplido de traducir y de poner en tus manos esta reunión de historias demuestra que las palabras mágicas funcionan y que las hadas nos hacen algún guiño de vez en cuando.

Los grabados los hizo Marina Colasanti para la primera edición del libro, y la diseñadora Camila Cesarino Costa los dispuso en estas nuevas páginas con otro color y otros matices, como un homenaje a esa conversación entre los libros, las miradas y los tiempos que se encuentran en el hilo de una historia.



YOLANDA REYES

DIRECTORA DE LA COLECCIÓN

I EL ÚLTIMO REY

Todos los días Kublai Kan, último rey de la dinastía mongol, subía a lo alto de la muralla de su fortaleza para encontrarse con el viento.

El viento venía de lejos y tenía el mundo entero para contar.

Kublai Kan no había salido nunca de su fortaleza, no conocía el mundo. Escuchaba las palabras del viento y aprendía.

—La Tierra es redonda y fácil —dijo el viento—. Camino siempre hacia delante y paso por el lugar de donde salí. He dado tantas vueltas a la Tierra, que ella está enredada en mi soplo.

A Kublai Kan le pareció bonito ir y volver sin perderse nunca.

Un día el viento, venido de las montañas, llegó más frío.

—Fui a peinar la nieve —heló el viento al oído del rey—. La nieve es pesada y suave. Bajo su silencio, las semillas se preparan para la primavera. Solo flores blancas rompen la nieve. Solo pasos blancos marcan la nieve. En la nieve habita el Rey del Sueño.

Kublai Kan tuvo deseos de nieve. Entonces amarró hilos de plata en la Luna y la remontó contra el viento. Desde lo alto, espejo del frío, la Luna le trajo la nieve a Kublai Kan. Y un sueño tranquilo.

Todos los días, el viento contaba sus caminos en lo alto de la muralla.

Todos los días, los largos cabellos del rey se recostaban en el viento y recogían sus sonidos, como un arpa.

El viento contó el desierto.

—El desierto —dijo con lengua caliente— es lento como el trigal. Y como el trigal, me obedece. Él también se curva bajo mi mano, pero sus granos no son dulces como los del trigo. Son de arena. Y con arena no se hace pan. Las gotas del desierto se llaman dátiles.

Kublai Kan quiso sudar con la dulzura de los dátiles. Entonces amarró hilos de oro en los rayos del sol y lo remontó contra el viento. Desde lo alto, el calor se derramó en el reino de Kublai Kan y los frutos maduraron. Y el rey bebió el jugo en el cuenco de las manos.

En lo alto de la muralla, gastada de recibir siempre al viento, el mundo se ponía a los pies del rey.

Y con el tiempo llegó el día en que el viento besó de sal la boca de Kublai Kan y le trajo el mar.



—El mar es más grande que el desierto y más profundo que la nieve —cantó el viento—. El mar es verde como los campos, pero su hierba crece en las profundidades y nadie ve el ganado que en él pasta. El mar llama a los hombres y canta. Su voz tiene nombre de sirena.

¿Oyó Kublai Kan el llamado de la sirena en la voz del viento?
Nadie lo sabe.

Dicen los pastores de la planicie que lo vieron amarrar cuerdas de lino en las puntas de la gran cometa de seda. Después irguió la cometa contra el viento y, abandonando con los pies lo alto de la muralla de su fortaleza, se dejó llevar por la cuerda blanca, último rey mongol, lejos en el cielo, allá donde el azul se tiñe de mar.



2 MÁS ALLÁ DEL BASTIDOR



Comenzó con hilo verde. No sabía qué bordar, pero tenía la certeza del verde, verde brillante.

Hierba. Eso fue lo que apareció después de las primeras puntadas. Una hierba alta, con las puntas dobladas como si mirara alguna cosa.

“Mira las flores”, pensó ella, y escogió una madeja roja.

Así, poco a poco, sin modelo, un jardín fue apareciendo en el bastidor. Obedecía a sus manos, obedecía a su deseo, y surgía como si en el rocío de la noche se diera la germinación.

Todas las mañanas la niña corría al bastidor, miraba, sonreía, y añadía un pájaro más, una abeja, un grillo escondido detrás de un tallo.

El sol brillaba en el bordado de la niña.

Y era tan lindo el jardín, que ella comenzó a quererlo más que a cualquier otra cosa.

Fue el día del árbol. El árbol estaba listo, parecía que no le faltaba nada. Pero la niña sabía que había llegado la hora de añadir los frutos. Bordó una fruta morada, brillante, como nunca antes había visto. Y otra, y otra, hasta que el árbol quedó cargado, hasta

que el árbol quedó rico, y su boca se llenó del deseo de aquella fruta nunca probada.

La niña no supo cómo sucedió. Cuando se dio cuenta, ya estaba a caballo en la rama más alta del árbol, saboreando las frutas y limpiándose el jugo que le escurría de la boca.

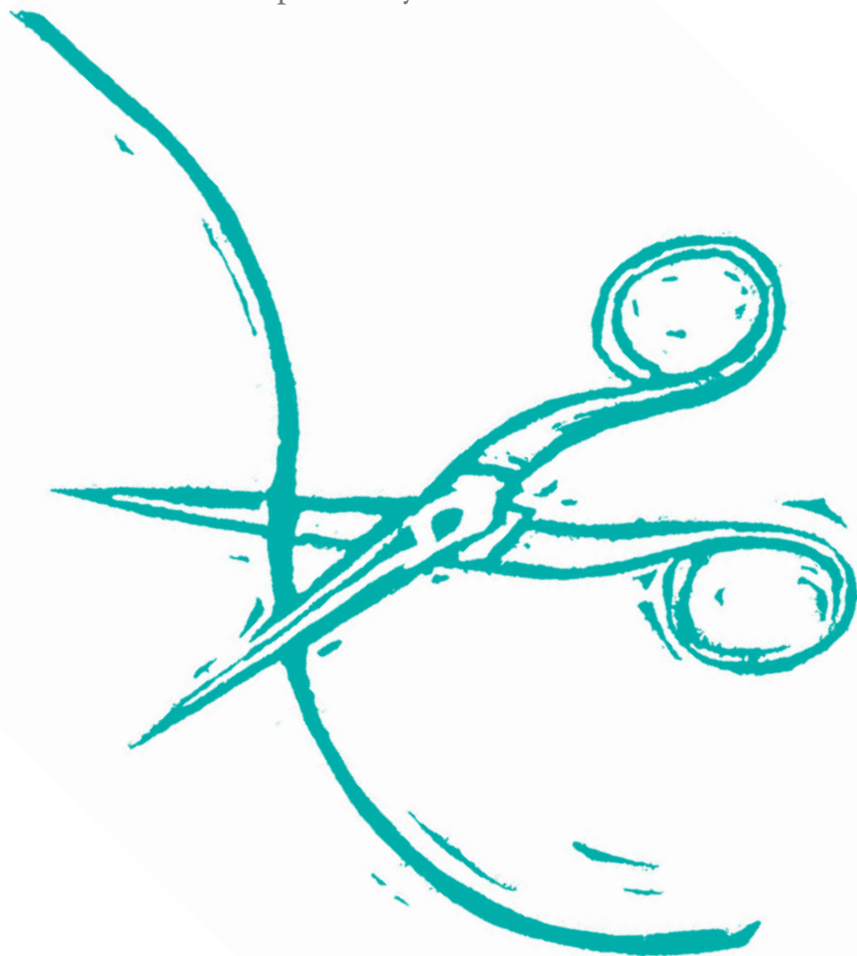
“Seguro fue a través del hilo”, pensó a la hora de volver a la casa. Miró. La última fruta todavía no estaba lista y tocó la puntada que terminaba en hilo. Y allá estaba ella, de regreso a su casa.

Ahora que ya había aprendido el camino, la niña bajaba todos los días hasta el bordado. Escogía primero aquello que quería ver: una mariposa, una libélula. Bordaba con cuidado, después bajaba por el hilo hasta el dorso del insecto, y volaba con él, y se posaba en las flores, y reía y jugaba y se acostaba en la hierba.

El bordado ya estaba casi listo. Poca tela se veía entre los hilos de colores. Pronto estaría terminado.

“Falta una garza”, pensó ella. Y escogió una madeja blanca matizada de rosa. Tejió sus puntos con cuidado, sabiendo, mientras lanzaba la aguja, cómo serían de blandas las plumas y de dulce el pico. Después bajó al encuentro de la nueva amiga.

Fue así, de pie al lado de la garza, acariciándole el cuello, como la hermana mayor la vio al inclinarse sobre el bastidor. Era lo único que no estaba bordado. Y el diseño era tan bonito que la hermana tomó la aguja, la cesta de hilos y comenzó a bordar. Bordó los cabellos y el viento ya no los movió más. Bordó la falda y los pliegues quedaron fijos. Bordó las manos, detenidas para siempre en el cuello de la garza. Quiso bordar los pies, pero estaban escondidos en la grama. Quiso bordar el rostro, pero estaba escondido por la sombra. Entonces bordó la cinta de los cabellos, remató la puntada y, con mucho cuidado, cortó el hilo.



3 POR DOS ALAS DE TERCIOPELO

La princesa tomó la red, el frasco de cristal, la cajita de los alfileres y salió a cazar. Siempre persiguiendo mariposas, no se conformaba con las que ya tenía, cajas y cajas de cristal en todos los aposentos del palacio. Quería otras. Quería más. Las quería todas.

De nada le servía buscar en los jardines. Después de tanta caza, de tanto alfiler en la espalda, las mariposas sabían que aquel no era un lugar para ellas, y hasta las orugas arrastraban lejos sus curvas perezosas en busca de un rincón más seguro para convertirse en mariposas. Tal vez en los campos, cuando la cosecha estuviera madura. Pero era otoño. Tal vez en el bosque.

Al bosque fue la princesa. Buscó durante toda la mañana. Vio dos alas de colores moviéndose entre las hojas, lanzó la red; recogió apenas la flor que el viento agitaba. Creyó haber encontrado una mariposa oscura posada en un tronco, era una hoja llevada por una hormiga. Después, nada más. Pájaros, abejas, salamandras paseaban tranquilos, y se agitaban al sol. Pero ninguna mariposa. Esperaban en los bordes de la oscuridad, como avisadas de su presencia.

Era casi de noche cuando la vio, inmensa mariposa negra volando lenta en el azul que se apagaba. Corrió queriendo acompañarla. Tropezó con una piedra, se perdió entre los arbustos. El cielo limpio, ¿dónde estaba la mariposa? Creyó haberla visto en una dirección. Fue hacia allá, pero todo estaba quieto, solo el agua se encrespaba en la superficie del lago.

Por la noche, en el palacio, solo habló de ella. Quería la mariposa. Si la tuviera, prometió, dejaría de cazar. Escogió en el cuarto el mejor lugar: encima de la cabecera, con las alas abiertas sobre la cama.

Soñó con la mariposa. Viajaba montada sobre ella y las alas de terciopelo la acariciaban en el batir del vuelo.

Al amanecer, se armó de arco y flecha y salió al bosque. Esperó acostada, inmóvil, en el mismo lugar de la víspera. La mañana pasó. La tarde pasó. La noche sopló su viento. Y en el viento de la noche vino la mariposa negra.

Esta vez no la perdería. Sin dejar de mirarla, sin errar el paso, la princesa avanzó entre los árboles, llegó a la orilla del lago. Y la vio bajar abriendo las grandes alas en un último esfuerzo,



para posarse sin zambullirse, no mariposa sino cisne, noble cisne negro.

Se estremece el agua del lago. La princesa arma el arco, tensa la cuerda, clava la saeta de oro en el pecho del cisne.

Pero es de su pecho de donde la sangre brota. Un hilo, un chorro que le empapa la ropa, que deshace la seda por donde pasa, y transforma su cuerpo en plumas, negras plumas de terciopelo.

El día se adormece. Dos cisnes negros se deslizan juntos en el lago. Brilla olvidado el arco de oro.

